

PERDIDOS EN TIMES SQUARE

EL tema es eterno. "Las tres hermanas" se llama un drama de Chéjov, en que tres hermanas sueñan y se desviven por salir de su vida provinciana y radicarse en Moscú. Su tragedia es que no lo consiguen. Pero, a estarse a lo que nos muestran otras historias, la tragedia hubiera sido mayor si hubieran logrado sus propósitos. Chaplin nos entregó "Luces de la ciudad", y en su particular grotesco nos mostró las vicisitudes de un pobre diablo en medio de la indiferencia y el destellante lujo ciudadano. El cine argentino tiene "Tres anclados en París", que argumenta el destino de tres argentinos pat'e perros que llegaron a la capital de Francia atraídos por su resplandor. Nosotros, más modestos, nos contentamos con la historia versificada y musicada por Nicanor Molinare, de la Carmen Rosa Chandiá, que "se vino a la capital" y de los atinados consejos del cura del pueblo sobre "lo que le podría pasar".

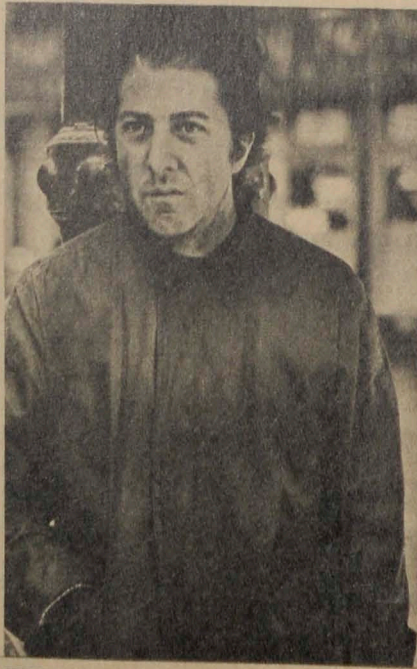
Pero si el tema es eterno, cambia de matiz y de tratamiento, según cual sea la época, y especialmente, la gran ciudad a la que el ingenuo (a) provinciano se ve atraído para ser despedazado por su falso esplendor. "Perdidos en la noche" reedita el drama enunciado y revela con esa síntesis y esa desnudez que sólo el cine puede dar, el sórdido ambiente de Times Square, de Nueva York. El centro de la ciudad más ambicionada del mundo, adonde llegan buscavidas de todos los puntos cardinales, proporciona un espectáculo que en la superficie es pintoresco pero que en la dimensión humana resulta patético.

SEGUN EL mapa, Times Square es la intersección de Broadway y la calle 42. Según la propaganda turística, el centro donde desembocan los grandes teatros neoyorquinos, el lugar donde hay más avisos luminosos del mundo entero, el comercio más abigarrado.

Cuando el año pasado volví a Nueva York, después de una ausencia de ocho años, lo primero que hice fue encaminarme a Times Square. A las doce del día, ramerías negras con abrigos maxis esperaban en las puertas de hoteles, que antes fueron respetables, a posibles clientes. Cada tres locales hay una librería, "sólo para hombres", donde un material pornográfico que

parece ilustrar libros de medicina por los detalles increíbles de los "close-up", se exhibe sin tapujo, mientras que en la trastienda, cada 15 minutos se pasan películas que, al decir del propagandista que a grandes voces pretende atraer público, hace que las revistas y los libros esparcidos en los mostradores sean novelas rosas. Más allá, la serie de cines con sus marquesinas permanentemente iluminadas, exhiben películas cuyos solos títulos hacen sonrojar. En uno de ellos, a la calle, se muestran algunas escenas de la película "Fuego", de Isabel Sarli, a la que presentan "como el busto más sexy de Latinoamérica". Y, en medio de estos cines, otros, que en vez de curvilíneas damiselas, anuncian atléticos y piluchos varones. Y, con ese marco, en una calle sucia y llena de desperdicios, con olor a fritanga y a pizzería, va deambulando una multitud en que se entremezclan el turista —extranjero o norteamericano— y el vago de oficio, en búsqueda que salte la oportunidad de ganarse unos dólares. No importa en qué forma.

Después de esta visita, hice lo que hace la mayoría de los neoyorquinos: evité pasar por Times Square. Pero me quedé pensando en cuál sería el destino de tanto hombre y tanta mujer que llegaría deslumbrado a Nueva York, a vivir la aventura de su vida y que, lógicamente, iría a parar a Times Square.



El revés de la trama: lo que hay tras las luces de Broadway y Times Square.

Y la respuesta a mi pregunta la tuve sólo ahora, hace unos días, cuando vi "Perdidos en la noche". SI UN calificativo hubiera que darle a esta película, es el de documental. Muestra el revés de la trama. Lo que sucede tras la fachada de los hoteles con nombres pomposos y en medio de las ruinas de los edificios clausurados. Lo que acontece en las plateas de esos rotativos baratos, en que la oscuridad es el pretexto y da un atisbo de ese otro mundo sofisticado y triste de los artistas "pop" y de ricas mujeres maduras. Y en medio de ese ambiente que deslumbraba y que degrada, dos seres humanos, capaces de sentir compasión y amistad.

La historia es eterna, es cierto; puede suceder en Moscú, París, Londres, Buenos Aires, y hasta en Santiago de Chile. Pero en Nueva York, en Times Square... ¡ahí sí que es canela! ■